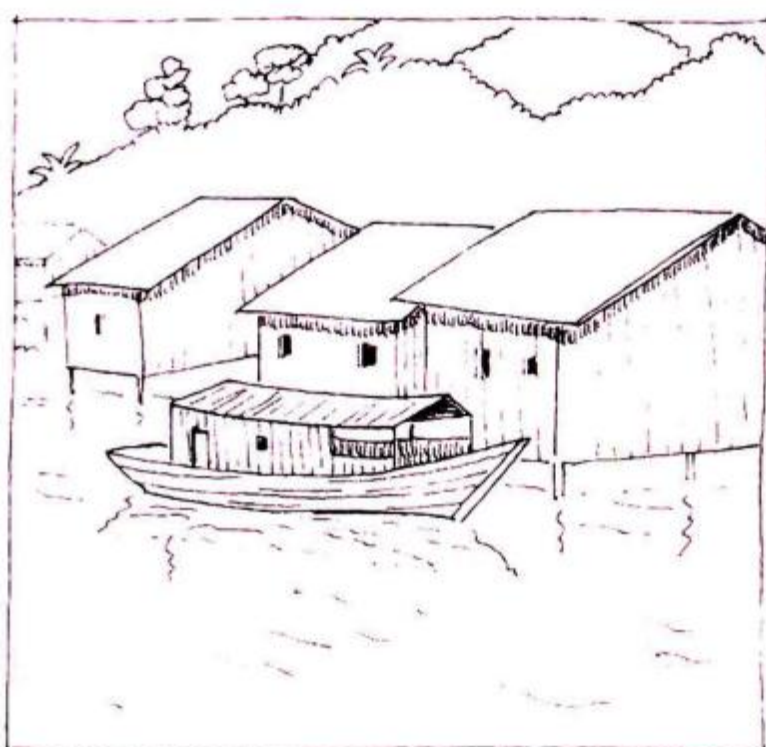


de academia, en informes impolutos para instancias inexistentes, en conciencia congelada que asiste impávida al exterminio y la catástrofe” (pág. 65).

La literatura busca tal vez justamente descongelar la conciencia, ‘llevar’ al lector a una instancia de la que vuelva transformado. Pero para hacer esto, y ahí volvemos a las concesiones, primero hay que convencerlo que se vaya con nosotros. Tirarle un gancho. Tal vez eso sea lo que falte en muchos textos de Burgos Cantor, cuya excesiva radicalidad a veces lo conduce a crear un mundo inhabitable para muchos lectores.



Sin embargo, hay lectores que sí lo frecuentan, como lo muestran las valoraciones críticas que se reúnen en la parte final del libro. Varios de los ensayos se centran en la novela *La ceiba de la memoria* (2007), en la que Burgos Cantor se lanza a hacer un perfil de Cartagena, centrado en parte en la figura de san Pedro Claver. Es posible que esa novela sea en la que Burgos se encuentre consigo mismo como escritor, cerrando un ciclo que se inició con *Lo amador* y con *El patio de los vientos perdidos*, novela a la que Burgos le da una mirada crítica retrospectiva y encuentra en ella una característica que ve como propia de muchas óperas primas: la tendencia a querer meter en ella todo lo que se sabe y todo lo que se quiere decir.

Los siete ensayos que constituyen esa parte del libro resultan sin duda cautivantes para quien tenga un interés especial en Burgos Cantor.

Otra sección del libro, en la que se recopilan textos suyos sobre otros escritores, es más desigual. Hay ensayos atrayentes, como uno dedicado a Guillermo Cabrera Infante, pero también otros evidentemente hechos por encargo —es decir, por compromiso—, como varios textos sobre literatura colombiana en general, en la que el autor se pierde en vaguedades.

Además, hay dos entrevistas en las cuales Burgos plantea convicciones que guían su obra literaria, como aquella de que “la literatura es una aventura del lenguaje” (pág. 126) o que se debe escapar a ciertas subordinaciones, y otra vez volvemos al tema de las concesiones del comienzo, como las del editor, el librero, el distribuidor y el mercado.

RODRIGO ZULETA

Del otro lado del suicidio

Del otro lado del jardín

Carlos Framb

Editorial Planeta, Bogotá, 2009, 185 págs.

Pese a que encuentro muchas razones por las que vale la pena vivir en esta Tierra —los puros goces de la sensualidad, las obras sublimes de arte, el don precioso de la amistad—, no deja de asombrarme ese empecinamiento de los seres humanos en durar más allá de nuestra floración, esa negativa a enfrentar y juzgar los inaceptables términos en que a menudo discurre nuestra vida, ese apresuramiento hacia no se sabe qué inminencia de felicidad. No hay duda de que en el apego del hombre a la existencia hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo.

CARLOS FRAMB

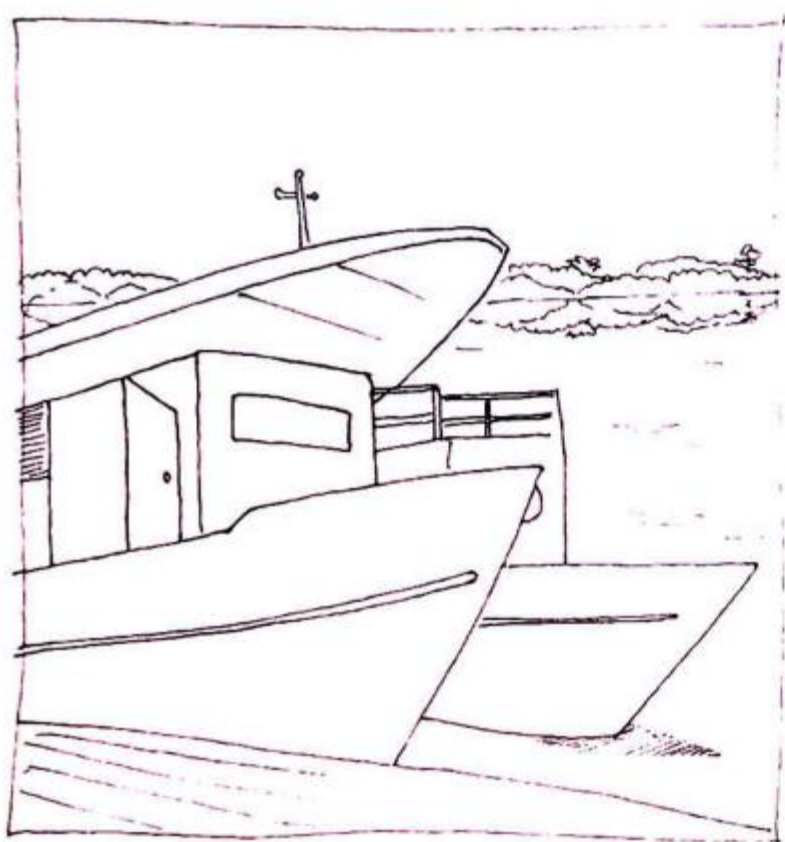
Del otro lado del jardín de Carlos Framb produjo en mí dos impactos muy fuertes y aparentemente excluyentes entre sí: me inquietó y

me liberó. En este precioso texto “transgénero”, el poeta de Sonsón que ha vivido casi toda la vida en Medellín, nos sumerge en la aventura interior y exterior que fue para él acompañar a su madre en un suicidio asistido por piedad...

Primero algo de contexto: hace cerca de tres años, después de salir de la inconsciencia en un hospital por un suicidio fallido, Carlos Framb se enteró de que estaba acusado de homicidio agravado en la persona de su madre a quien le había suministrado, a voluntad de ella, una dosis masiva de somníferos y morfina que él también ingirió para hacer juntos este recorrido final. El libro, entonces es, entre otras muchas cosas, un bello recuento de la textura vital que precedió el *belle mourir* de Luzmila, del momento mismo en que hijo y madre se tomaron la pócima liberadora y de los horribles hechos que vinieron luego y que hicieron noticia: cómo no en un país en el que a diario mueren decenas de personas en contra de su voluntad pero en el que seguimos siendo como los “verdugos de Hitler” e insistimos en que no es culpa nuestra (“el diablo me hizo hacerlo”, como decíamos de niños) o ¿no está sucediendo!

Por eso el libro es inquietante. Combinando de manera magistral varios géneros y estilos —y la asociación con *La invención de la soledad* de Paul Auster es inevitable—, la crónica, el ensayo, la poesía, el alegato, el cuento y la novela, *Del otro lado del jardín* cuestiona demasiadas cosas: lo que creemos de la vida, de la muerte, del amor, de la compasión, de la gente, de nosotros mismos, de la religión, de la amistad, de las relaciones con la madre, de la enfermedad y de la vejez, de la medicina, del derecho (¿y de los derechos!), de la ética, de la filosofía. La lista podría no acabar... Por la lucidez mental y el sentimiento honesto de Carlos Framb para lanzar estas preguntas, no podemos leer el libro y quedar, como lo dijo Rimbaud en *La mala sangre*, su revolucionario poema de *Una temporada en el infierno*, intactos e indiferentes. No. No creo que nadie pueda leer *Del otro*

lado del jardín y seguir como si no hubiera pasado nada. En este viaje interior en el que Carlos Framb deja participar al lector (¡gracias!) suceden muchas cosas: se tiembla, se suda, se llora, se renuevan votos, se deshacen esquemas falsos... Los alegatos del autor frente al suicidio como alternativa son contundentes y, por lo menos en lo que a mí respecta, ¡oh! liberación, después de haber leído este texto no me queda duda alguna de que la muerte voluntaria es digna para quien se atreva a contemplarla con los transparentes ojos de Luzmila y Carlos.



El libro también es inquietante y liberador porque en el ensayo que incluye el autor hace un recorrido histórico-cultural-filosófico sobre el tema del suicidio. Sus fuentes son: Platón, quien, de acuerdo con Carlos Framb, “pensaba que una enfermedad dolorosa o una desgracia sin salida eran razones justificables para dejar de vivir”; Sócrates, quien no defendía el suicidio a no ser en una “ocasión forzosa”, como la que él mismo vivió; Catón, el Viejo, estadista romano de quien se dice que se inspiró en el relato de la muerte de Sócrates en el *Fedón* para tomar la decisión suicida; Aristóteles, quien, aunque no defendía el suicidio ni lo consideraba valiente, estaba más inclinado a su rechazo por considerarlo un rompimiento del compromiso del ciudadano con el Estado que por cualquier otra cosa; los estoicos que hicieron “del suici-

dio la alternativa más razonable y apetecible cuando la vida ya no era deseada a causa del dolor, de enfermedades o anormalidades físicas”; los epicúreos, quienes “se proclamaban indiferentes ante la vida y la muerte”; los primeros cristianos (y más adelante, en otra parte del libro, Cristo mismo, quien, de acuerdo con la cita in extenso de Giovanni Papini que se incluye, también fue de alguna manera un suicida...); Tomás Moro en cuya *Utopía* estaba autorizada la eutanasia voluntaria; Montaigne, para quien “el dolor extremo o la seguridad de una muerte vil son motivos excusables de suicidio”; John Donne, poeta del Renacimiento, quien escribió el hermoso poema acerca de que ningún hombre es una isla y quien abogó por el suicidio; Bacon, Hume, Kant y, desde luego, los infaltables Schopenhauer y Nietzsche, el más glorioso vitalista de todos los tiempos. El ensayo tan bien documentado es inquietante en su profundidad y liberador en la benevolencia con que aborda un tema que no sólo las iglesias de distintas creencias, sino las diversas sociedades, excepto por pequeños cambios en los últimos tiempos, han condenado de manera tan dura.

Este texto, ya lo dije, “transgénero”, no es sólo un ensayo. Y no es sólo la parte del ensayo la que inquieta y la que libera. Además de la historia personal del autor con su madre que, como lo dijeron los jueces y abogados, remite a un complejo de Edipo no resuelto, afirmación con la que el autor no está de acuerdo, con el libro y en el libro entreveremos la intimidad de un amor asumido sin culpas, y no porque haya insinuaciones incestuosas, sino por la honestidad con la cual el poeta proclama que su madre y su perro son sus seres más amados sin imponerse mandamientos de acuerdo con los cuales todo hombre es una isla y confesar el amor sublime a la madre construye vergonzantes por milares... Pero, claro, desde un punto de vista psicológico, por no decir *psicologizante*, la revelación de la psique de Carlos Framb es inquie-

tante... y, de nuevo, también liberador porque evidencia la valentía de alguien que se asume como lo que es y en lo que es, alguien que afirma su deseo y para quien no resulta nada perverso (y ¡para mí tampoco!) comparar el acto de amor que tuvo con su madre al buscar morir con ella con historias tan conmovedoras como literarias: el suicidio a dos del poeta Heinrich von Kleist y su esposa Henriette Vogel; el de Stefan Zweig y su esposa Lotte Altmann y el de Arthur Koestler y su esposa Cynthia Jefferies, de quienes Carlos Framb recuenta historias que, en definitiva, ayudan a ver bajo otra luz la muerte voluntaria.

Hacia el final del libro, Carlos Framb narra con pormenores lo que sucedió durante su juicio e incluye cartas de sus amigos y para sus amigos y los manifiestos que de alguna manera fueron motivados por la probable condena de Carlos Framb por homicidio agravado, la cual no ocurrió de manera afortunada para él mismo, para sus amigos, para quienes no lo conocemos pero nos unimos a su causa y, muy especialmente, para la sociedad colombiana que ahora tiene que vivir con este precedente de acuerdo con el cual cada quien es dueño de su vida ¡y por supuesto de su muerte!

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

A veces llegan cartas

Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar

Adolfo Caicedo (comp. e introd.)

Siglo del Hombre Editores,

Universidad de los Andes, Bogotá,

2009, 409 págs.

Este libro es un valioso capítulo de la historia literaria colombiana, suscitado por un mexicano ejemplar: Alfonso Reyes (1889-1959). El gran polígrafo no sólo era generoso al responder a quienes le escribían,